

Tópicos quevedianos en un soneto del manuscrito 3890 de la Biblioteca Nacional de Madrid

Luciano LÓPEZ GUTIÉRREZ

¡Afuera, que me hodo de montante
a dos manos; ¡Afuera, que convido
con mi cuerpo amolado y exprimido,
cosa que para el gusto es importante;
Yo confieso flaqueza en el semblante,
porque es el tallecillo algo buído,
mas jamás se quejó de mal hodido
carajo que cogiese yo delante.
El tuétano sabroso está en los huesos,
y, con traer cojín quien me cabalga,
sin mataduras correrá a la brida.
No tengo carnes que selléis con besos,
y el no tenerlas hace que más valga,
pues en Cuaresma puedo ser comida¹.
(Fol. 176v.)

Como se señala en el título del artículo, el poema está impregnado de cabo a rabo de lugares comunes quevedianos perfectamente rastreables en su poesía burlesca y prosa festiva.

¹ El manuscrito, con el título *Poesías varias*, está hoy en restauración. Su letra es del siglo xvii y en él se encuentran, entre otras, poesías del Conde de Roca, Góngora, Villamediana y Quevedo. El soneto ha sido editado, entre otros, por Alzieu, Jammes y Lissorgues en su *Poesía erótica del Siglo de Oro* (Barcelona, 1984), pp. 219-220. Estos editores consideran que el manuscrito ha sido copiado poco después de 1610. Por lo menos es posterior al 3 de enero de 1611, pues en su folio 26 v. aparece el poema de Quevedo n.º 779 (*Tocóse a cuatro de enero*), que según Blecua se compuso a propósito de la Premática de esta fecha en que se ordena los hombres que pueden ir en coche y los que no. Véase su *Poesía original completa* (Barcelona, 1990), p. 1016. Todas las poesías de Quevedo citadas en este artículo remiten a las páginas de este libro con el número entre paréntesis que pongo tras ellas.

Comienza con la desesperación de una mujer que se compara con un montante, es decir, con una espada de dos manos y de una altura superior a la de un hombre, que era utilizada por los maestros de esgrima.

Pues bien, es muy frecuente que Quevedo en sus sátiras contra las mujeres flacas compare a éstas con espadas, armas blancas y objetos punzantes en general:

En lo antiguo y sutil no habrá persona
que, acomodada al lado
de aqueste gran soldado,
no te juzgue en sus lides por Tizona;
y yo digo que yerran, pues su espada
siempre ha de ser Colada. (597)

En lo delgado y lo flaco
me parecieron punzones;
de medio arriba, almaradas,
de medio abajo garrotes. (1026)

Además, don Francisco emplea la propia expresión *montante a dos manos* en su *Premáticas contra las cotorreras*, si bien con un sentido bastante procaz, que tal vez pueda resonar de una manera indirecta también en nuestro soneto:

Otrosí, a las de vosotras, que habéis estado en Italia y vuelto de allá, os mandamos poner enrejados en los traseros o carlanças en las asentaderas, como perros de ganados, dándoos por mujeres de tornillos que os volvéis de todos los lados, y asimismo por cotorreras montantes de a dos manos².

Asimismo, los adjetivos que usa esta mujer para aludir a las cualidades que adornan su estilizado cuerpo y que contribuyen a que sus encantos sean sexualmente apetecibles también se hallan en los citados poemas de Quevedo en que el escritor se burla de la suma delgadez de las damas:

Y aunque estáis tan angosta, flaca mía,
tan estrecha y tan fría,
tan mondada y enjuta y tan delgada,
tan roída, *exprimida* y destilada,
estrechamente os amaré con brío:
que es amor de raíz el amor mío (...)
Con mujer tan aguda y *amolada*,

² Incluida en *Prosa festiva completa*, edición Celsa Carmen García-Valdés (Madrid, 1993), p. 339.

consumida, estrujada,
sutil, dura, *biida*, magra y fiera,
que ha de menester, por no picar, contera,
no me entrometo; que si llego al toque,
conocerá de mí el señor San Roque. (586-587)

En el primer terceto continúan los paralelismos entre nuestro soneto y las obras festivas de don Francisco. La mujer apunta la precaución que los amantes o clientes de las flacas deben tomar para evitar las mataduras que pueden provocarles al rozarlos con los huesos salientes de su cuerpo: irse provistos de cojines. Idéntica medida se aconseja en la *Tasa de la herramienta del gusto*:

Mujer flaca vale catorce maravedís; y si el que la goza tiene sarna la debe dar cuatro cuartos por el aparejo que tiene de rascarse en sus güesos. Y a estas tales las señalamos para la Cuaresma, por lo que tienen de silicio; y las mandamos que en ningún tiempo se puedan ensillar, si no es con sillal de borrenes, como postas y caballos saltadores, que no hagan mataduras y lastimen con sus huesos por lo mucho que se menean³ (op. cit., p. 304).

En el último terceto, en fin, también nos topamos con un chiste muy quevediano: se puede yogar con mujer huesuda en Cuaresma, porque la ausencia de carne evita el carácter pecaminoso del acto. En efecto, Quevedo suele asociar a las mujeres en extremo delgadas con la Cuaresma y con el Miércoles Corvillo:

Quien tan sin carne os viere, si no es ciego,
yo sé que dirá luego,
mirando en vos más puntas que en rastrillo,
que os engendró algún miércoles Corvillo;
y quien pece os llamó no desatina,
viendo que, tras ser negra, sois espina. (585)

³ Es un lugar común en la poesía erótica áurea las molestias e inconvenientes que procuran las flacas con sus huesos en las relaciones sexuales (v. *Poesía erótica del Siglo de Oro*, pp. 180-181).

Sin embargo y en contrapartida, obsérvese cómo en el poema *Gustos de amores* recogido por Eduardo de Lustonó en su *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa* (Madrid, 1872, p. 152) se hace hincapié en las ventajas que reportan la fogsidad y agilidad de movimientos de las flacas:

Si es flaca, a la flaca me aficiono
y aquello le perdono,
porque después ligera,
y tal juega de modo y de cadera
que no hay mujer tan flaca y tan delgada
que deje de correr por ir cargada.

El citado antólogo caprichosamente y sin justificación atribuye este poema a Quevedo.

Él se casa (perdóname el decillo)
con un martes, que es miércoles Corvillo;
en él tu vista lo carnal destierra,
y entrará la memoria de ser tierra. (597)

Así pues, la reducción de estas féminas a materia ósea conlleva que tanto para ellas como para sus amantes sea muy fácil vencer a uno de los tres enemigos del alma (la carne):

De los tres enemigos que hay del alma
llevárades la palma,
y con valor y pruebas excelentes,
los venciérades vos entre las gentes,
si por dejar la carne de que hablo
el mundo no os tuviera por el diablo. (586)

Si él huye de la carne, tierra harta
ha puesto en medio, pues tras ti se aparta;
pero, sin levantarte testimonio,
¿cómo huirá contigo del demonio?
Que del mundo, está cierto
que podrá quien se casa para muerto. (597)

En conclusión, las similitudes estilísticas y de vocabulario observadas entre el soneto y determinados pasajes de la obra burlesca y festiva de Quevedo muestran como verosímil la atribución del poema a tan destacado autor.